

SUSCRICION

En las oficinas de la CORRESPONDENCIA ILUSTRADA, Barquillo, 24, principal. En la librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; en todas las demás librerías, y en el centro de suscripciones, Paseo del café de Madrid.

En provincias por medio de nuestros Corresponsales, ó escribiendo directamente á esta Administración.

Número suelto: 10 CENTS.



PRECIO

P. C.
Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'50

PORTUGAL
3 meses..... 7'50

EXTRANJERO
3 meses..... 22'50

ULTRAMAR
3 meses..... 25

ANUNCIOS
Linea..... 0'50

Comunicados y reclamos, precios convencionales.

Número suelto: 10 CENTS.



ILUSTRADA

DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

AÑO I.—(II Epoca.)

Martes 24 de Agosto de 1880

NUM. 5

NUESTRO GRDO

Hablemos hoy un poco de doctor Tanner. El asunto no ha envejecido, y la verdad es que más despacio que los telegramas que las cartas. Cierta que el doctor ha llegado al término de su ayuno. Este es el hecho. ¿Cómo ha llegado? El cómo es importante en esta cuestión, que puede llevarse a desvirtuar el hecho y quitarle toda su importancia. Ello es que el telégrafo dijo que en los Estados Unidos había un médico que se había comprometido solemnemente a pagar por espacio de cuarenta días más que los españoles se encogieron de hombros y empezaron por aventajar á Tanner. No tragaron ni aun la noticia. Pero el telégrafo insistió; y la noticia se difundió y se reconoció la existencia y positiva del ayunante. Y entonces se dividieron las opiniones. —¡Qué hombre tan raro!—decían los españoles batuecos.

Y los españoles batuecos se preguntaban: ¿dónde estará la trampa? Se empezaron a leer con avidez los telegramas relativos á Tanner. Caramba! Tanner duerme! Digo! Tanner pasea! A Tanner se le pinchan las piernas. ¡Hola! ¡hola! Pasaron un día más, y comenzó la impaciencia. Cuarenta días era mucho aguardar; y las noticias por otra parte mantenían en constante excitación la curiosidad pública. Los curiosos comenzaron á tener ganas de que sucediese algo cuanto antes; y como no podía suceder más que una cosa, la gente se dio á desear, sin darse cuenta de ello, que el doctor Tanner... se acabase. El doctor no estuvo tan complaciente como todo eso; y para mantener su propia impaciencia, si es que la sentía, ó, lo que yo más creo, para no dar conversación á sus colegas, se dió á dormir largamente. Sus colegas opinaron como era de rigor: Unos, que el sueño le sería fatal. Otros, que el sueño le sería provechoso. La ciencia no se equivoca nunca, porque habla así siempre.

Y el telégrafo seguía expoleando casi diariamente nuestra curiosidad. «Al doctor Tanner se le ha agriado el carácter.» —¡Claro!—El agua entristece,—decía uno que suele estar siempre alegre. Cuando Tanner pasó del segundo tercio de su ayuno, la opinión pública reaccionó en favor suyo, deseando vivamente que llegase á los 40 días. Y con tal vehemencia se puso de su parte, que se temió que los otros médicos le diesen de comer antes de tiempo. Pero Tanner siguió sin otro tratamiento que el remojo; y para que se vea lo que son las cosas, tampoco faltaban personas que creían que todo se llevaría con rigor, porque Tanner estaba en poder de otros médicos. Y es natural. ¿Cómo habían de consentir éstos que su compañero Tanner faltase á lo convenido y pasase á los ojos de todo el mundo por un farsante? Nunca. Antes la muerte. Antes la muerte de Tanner, quiero decir. Luego se sorprendió á un individuo que escondía precipitadamente una esponja y una servilleta. Luego se desmintió esta noticia. Luego llegó el doctor al quadragésimo día.

Luego... luego, comió. Suponemos que sobre los cuarenta días de ayuno, no daría el doctor muchos minutos de propina. Luego se averiguó que se había estado alimentando con extracto de carne. El público, al tener noticia de ello, le preparó una ovación un tanto expresiva, á la que Tanner se sustrajo, porque no estaba para emociones. Luego se ha vuelto á desmentir lo del extracto. Luego habló el sentido común, y dijo: —¿Qué se propone Tanner? —El hombre en ese estado está inútil para el trabajo, y si escapa con vida y sin una vesania cualquiera, todavía necesita, sobre los días del ayuno, otros cuantos para volver á sus ocupaciones habituales: la ciencia posee por otra parte hechos mucho más extraordinarios; y en todo caso, de que Tanner pueda vivir sin comer cuarenta días, no se desprende que lo puedan hacer todos: de modo que si su experimento no enseñaba nada, reportaba utilidad ninguna, ha hecho Tanner perfectamente en comer á hurtadillas.

Z.



EL DOCTOR TANNER EN EL CUADRAGÉSIMO...